

CUANDO EL AMOR SE VA

Reflexiones en torno a las guerras familiares

III Jornadas Plan Municipal de Apoyo a la Familia
Torrent, 13 de diciembre de 2011.

Ante todo, muchas gracias a la organización, y en especial a Vicenta Martí, por haber sido invitado a participar en esta Jornada. De hecho, ya tuve la oportunidad de trabajar con los profesionales de Torrente hace casi 14 años. Aquella vez fue un curso de 12 horas, hoy vamos a tener sólo algo más de dos horas, pero espero que la experiencia, como entonces, también valga la pena para todos.

Lo que aquí os voy a contar surge principalmente de mi experiencia clínica como terapeuta de familia, de mi experiencia en los espacios de supervisión, del trabajo en equipo y de la reflexión sobre mi historia personal.

Antes que nada, me gustaría presentarme. Como habéis visto en el tríptico de las Jornadas, soy Rafael Metlikovez Castillo, terapeuta familiar del Equipo Clínico y de Formación Espai Obert (Barcelona); y profesor del Centro de Terapia Familiar de Murcia. En Espai Obert trabajamos desde un contexto privado y siguiendo la metodología clásica de la terapia familiar sistémica: el equipo sigue la entrevista a través de un circuito cerrado de televisión, se graban en video las sesiones (naturalmente con la autorización de la familia), el terapeuta hace una pausa sobre los $\frac{3}{4}$ de hora para comentar, recoger observaciones y preparar con el equipo el cierre de la entrevista.

Solemos ver a la familia con una frecuencia de una sesión cada 3 ó 4 semanas, siguiendo en este sentido la metodología de la escuela de Milán, que fue capitaneada –en sus mejores tiempos- por Mara Selvini Palazzoli. Disfrutamos de la supervisión mensual de Lolita Albaladejo, pionera de la clínica y de la formación en terapia familiar sistémica en España, y de la que queremos ser herederos en cuanto a una metodología de trabajo, en cuanto a un compromiso con una epistemología –la sistémica- y en cuanto a una reflexión constante sobre el punto de intersección entre lo que trae la familia y lo que trae el terapeuta de su propia historia, para hacer de esa intersección un punto de encuentro creativo y de crecimiento mutuo.

Nuestro equipo se compone de 5 terapeutas familiares, todos trabajamos también en el ámbito público: 1 psicóloga en un Centro de Salud Mental Infanto Juvenil; 1 psicóloga en un Centro de Atención a las Toxicomanías; 1 psicopedagoga y dos psicólogos –entre los que me encuentro- en un equipo de infancia y adolescencia en alto riesgo (la antigua protección de menores). Mi propósito es que mi experiencia en el ámbito privado enriquezca mi trabajo en el ámbito público, y viceversa, teniendo muy presente que se trata de dos contextos diferentes y que no deben confundirse: un contexto terapéutico, colaborativo por naturaleza; y un contexto de control, coercitivo también por naturaleza, aunque hay formas de trabajar en contextos coercitivos que también pueden ser colaborativas, y en eso estamos, no con sangre, afortunadamente, sí con sudor y desde luego con lágrimas.

Mi experiencia con la separación hostil se alimenta de ambos contextos, el público y el privado, el coercitivo –que también puede ser colaborativo, siempre respetuoso- y el terapéutico. Y aún podría añadir un tercer contexto de experiencia y enriquecimiento –enriquecimiento tras árduo trabajo de diálogo y reflexión- el contexto personal.

En este sentido me gustaría decir que no estoy casado, no tengo hijos, he tenido parejas de las que me he separado con más o menos hostilidad según el caso...lo más importante es que todos somos hijos o hijas en nuestras familias de origen, verdadera alma máter, escuela emocional, mitológica, racional, irracional, de nuestras elecciones vitales. Como dice Withaker, uno de los pioneros más geniales de la terapia familiar: “La familia es el lugar donde el voltaje es el de la vida y la muerte”.

Por eso no es baladí que cite en el tríptico junto al nombre mis dos apellidos, tanto el paterno como el materno, puesto que habitualmente somos fruto del encuentro de dos familias, cada una con su historia, cada una con sus características, su estilo y su manera de vivir y de entender la vida, el amor, la muerte, las relaciones, el ser padre, el ser madre, el ser esposa, esposo, hijo, hermano, el ser persona y estar en el mundo.

Estas dos familias se encontraron gracias a una historia de amor entre dos de sus miembros, surgió el enamoramiento, pero más allá de ese momento mágico, que algunos llaman un estado psicótico, en el sentido de un estado alterado de conciencia, puesto que somos ciegos a un parte de la realidad (por algo se dice que el amor es ciego), más allá de ese estado o momento del enamoramiento, el hombre y la mujer, o los dos hombres, o las dos mujeres, tanto da, llegan con una historia, un aprendizaje y una experiencia, con una mochila cargada de herramientas, de maneras de pensar y de hacer, de vivir, y también esa mochila llega cargada de algunas piedras pesadas que, si nos descuidamos, podemos acarrear durante toda nuestra vida.

Justamente, el trabajo de un terapeuta consistiría quizás en aligerar esa carga, en soltar algunas de esas piedras que tanto nos fatigan en nuestro caminar, y que nos impiden andar con la ligereza y la gracia con la que podríamos hacerlo; y quizás en el mejor de los casos, podría el terapeuta convertir esas pesadas piedras en piedras preciosas, en joyas por lo que suponen de aprendizaje sobre la vida.

Las experiencias dolorosas que acaban convirtiéndose en pedruscos, no tienen por qué repetirse, no tienen por qué acarrear toda la vida, arriba y abajo, como en el Mito de Sísifo.

Es decir, que un hijo es el fruto de una historia de amor. No siempre es así, pero casi siempre. Y muchas veces uno no quiere reconocerlo porque está demasiado enfadado, y el enfado, la rabia, y no digamos el odio, la otra cara del amor, también nos vuelve ciegos a las historias de amor.

Hemos empezado hablando de los hijos, de los padres, de la pareja y de las familias de origen. Es apasionante cómo todos esos circuitos se conectan, se alimentan como vasos comunicantes. Según el observador, ese vaso comunicante va estar medio lleno o medio vacío, lo que es seguro es que la comunicación está, porque es imposible no comunicar, como dice el primer axioma de la teoría de la comunicación que plantearon Watzlawick, Beavin y Jackson, en su libro ya clásico "Teoría de la comunicación humana". Se trata de un libro fundamental que recoge las propuestas de Gregory Bateson y las ordena para mayor gloria del paradigma sistémico, que es el mío, con ejemplos tan literarios y al mismo tiempo tan reales como un análisis comunicacional de la obra de Edward Albee "Quién teme a Virginia Wolf", que interpretaron de forma inolvidable para el cine Elizabeth Taylor y Richard Burton.

Hemos dicho que ese libro compendia el pensamiento de Gregory Bateson. Pero, ¿quién era Gregory Bateson? Bateson murió en 1980, a los 76 años de edad. No fue terapeuta familiar, ni psiquiatra, ni psicólogo, fue un antropólogo que estudió la comunicación humana, previo interés por el estudio de la comunicación animal, en concreto de los delfines. Famosos son sus trabajos de campo en comunicación humana con poblaciones de Nueva Guinea y posteriormente de Mali. Estos trabajos de campo los hizo conjuntamente con Margaret Mead, un clásico de la antropología y que también sería su mujer durante una época. De la unión de ambos nacería Mary Catherine Bateson, la hija que escribió un libro muy interesante y que os recomiendo: "Cómo yo los veía", y que habla de su experiencia junto a sus padres. También esta hija de Gregory Bateson y Margaret Mead es la niña protagonista de los famosos metálogos de Bateson, que podemos encontrar en "Pasos hacia una ecología de la mente", una recopilación de los artículos de Bateson.

Me detengo en Bateson porque es un personaje fundamental en esta historia, la historia de la comunicación humana, ¿cómo es la comunicación? ¿cómo es la relación? ¿cuál es la historia de esa relación? Son preguntas que intentamos responder cuando trabajamos con las familias, y entonces Bateson acude en nuestra ayuda. No acude espontáneamente, sino que acude porque lo invocamos: invocamos la teoría de sistemas, la cibernética y la teoría de la comunicación humana, para intentar comprender qué les sucede a las personas, a las parejas, a los padres, a los hijos, a las familias, porque viven, vivimos, en una red de relaciones, emociones, mitos, expectativas y aprendizajes, una red que a veces nos atrapa como la red de una tela de araña. Otras veces, esta red amortigua un salto mortal fallido, y gracias a ella no nos lastimamos.

Es decir, Bateson además de antropólogo era un cibernético. ¿Y esto qué significa? Significa que veía el comportamiento de las personas no como el resultado de un gen, o de oscuras pulsiones intrapsíquicas, sino como el resultado de una relación, de una comunicación, de un contexto y de una historia. Es decir, nadie nace con un comportamiento pre-determinado, y menos por los genes.

En los años 50 y 60, muchos de los pioneros de la sistémica se interesaron por la esquizofrenia. Se trabajó con las familias de los esquizofrénicos, se aplicaron las premisas de la teoría general de sistemas y de la cibernética, de la relación circular y recursiva entre las partes de un sistema, de la relación circular y recursiva entre los miembros de una familia, y así se llegó a la propuesta genuinamente sistémica de que lo que debe transformarse es la relación, lo que debe ponerse bajo el foco de la observación y de la intervención es la relación entre las personas, no a las personas en sí mismas. Y además pondremos la relación entre las personas en un contexto, porque el contexto será una variable de primer orden para entender por qué las personas se comportan como se comportan.

Pero no crean que con este planteamiento se quiere hacer menos responsables a las personas de sus actos, en absoluto, uno sigue siendo responsable de sus actos y de asumir las consecuencias de sus actos, pero la mirada para comprender por qué uno hace lo que hace va a ser relacional, contextual, sistémica, familiar, comunicacional.

Por cierto que el padre de Bateson, William Bateson, fue un importante genetista inglés. También sabemos que Bateson tuvo un hermano que se suicidó. Quizás estos datos biográficos nos ayuden a entender mejor su interés por la comunicación y por la relación, muy lejos de la epistemología determinista de su padre (y de la desesperanza de su hermano).

Seguro que les sonará el concepto de doble vínculo. Fue un concepto que en su momento le sirvió a Bateson para explicar el origen comunicacional de la esquizofrenia. Quien quiera profundizar puede leer el artículo "Hacia una teoría de la esquizofrenia", escrito junto a Jackson, Haley y Weakland, y que podéis encontrar en la obra ya citada de "Pasos hacia una ecología de la mente".

Básicamente este concepto plantea que el comportamiento esquizofrénico es la única respuesta posible y coherente cuando el contexto y la comunicación es repetidamente contradictoria, confusional y paradójica. Si bien el concepto de doble vínculo hacía referencia a una relación diádica, básicamente la que se establecía entre la madre y el hijo, Bateson evolucionó en su pensamiento, haciéndolo cada vez más complejo, así fue como pasó del pensamiento diádico al pensamiento triádico. ¿Cuál es la pregunta básica que organiza el pensamiento diádico?: ¿Qué fue primero, el huevo o la gallina? La respuesta la tiene la cibernética, el huevo hace a la gallina y la gallina hace al huevo. Es la causalidad circular. Pero entonces Bateson cae en la cuenta de que hay que trascender la diada, y dice: ¿el huevo? ¿la gallina? Falta un tercer elemento...!el gallo! Es decir, que no sólo es la relación entre la madre y el hijo, sino la relación entre la madre, el padre y el hijo. La tríada.

Nos interesa de Bateson dos cosas: la primera, su propuesta de que los trastornos mentales son trastornos de la comunicación. La segunda, como dice en su artículo “De Versailles a la Cibernética”: “los padres comieron frutos amargos y los hijos tienen dentera”. En realidad, ésta es una cita bíblica, que Bateson rescata para ilustrar la transmisión intergeneracional de los patrones de comunicación y de relación. Es decir, que para saber por qué los hijos tienen dentera nos vamos a la historia de los padres. ¿Qué les sucedió a los padres? Ah, es que comieron frutos amargos, ¡y por eso los hijos tienen dentera!.

Pero aún podríamos ir un poco más lejos, y preguntarnos: ¿y cómo es que los padres comieron frutos amargos? Y así nos tendríamos que preguntar también por su historia, por la historia de estos padres con sus propios padres. Es decir, vamos a hacernos un planteamiento tri-generacional para intentar comprender qué le está sucediendo a esa familia para que uno de sus miembros sea un paciente identificado (identificado como loco o enfermo), o para que en la relación de pareja el amor se esté yendo: ¿por qué esa pareja ha llegado a ese grado de hostilidad? ¿por qué ese hijo es el portador de un síntoma?

O quizás fuera mejor decir el “porteador del síntoma”, porque si el porteador es aquel que se dedica al transporte de mercancías a cambio del pago de sus servicios, muchas veces el hijo o la hija sintomática lo es por eso, por transportar mensajes de un padre al otro y viceversa, porteando mensajes que como mercancías pesadas no dejan crecer como podría y debería ese niño o esa niña. ¿Recuerdan a aquel personaje de Julio Verne, Miguel Strogoff, el correo del zar? Muchos niños corren el riesgo de pasarse su infancia convertidos en correos del zar, y luego nos extrañamos de que al llegar a la adolescencia exploten cabreados por haber sido utilizados como medio de transporte. No hace falta decir la responsabilidad que entraña ser padres.

El planteamiento tri-generacional lo vamos a visualizar a través del genograma. El genograma, las tres generaciones, en definitiva la historia familiar, va a ser el contexto que nos permitirá intentar comprender qué sucede en aquella familia, en aquella pareja, entre aquellos padres. Esta visión tri-generacional se la debemos fundamentalmente a Murray Bowen, a James Framo y a Mara Selvini-Palazzoli, grandes pioneros los tres de la terapia familiar sistémica, y que pusieron a la familia de origen en el mapa de la terapia familiar; no sólo convocaron a las familias de origen en el contexto clínico, sino que también trajeron su presencia al contexto de formación.

Es decir, en la formación del terapeuta de familia hay un espacio para la exploración, la investigación y la reflexión sobre la propia familia de origen del terapeuta. En esto nuestro equipo – Espai Obert- tiene el privilegio de contar con Lolita Albaladejo, nuestra supervisora, que no sólo nos supervisa casos clínicos sino que también hemos iniciado con ella un espacio para trabajar las heridas de la infancia del terapeuta, y en ese espacio aplica su escalpelo de terciopelo para con amorosidad palpar nuestras vísceras doloridas entre los 0 y los 6 años y desencadenar un proceso de autoregeneración. No digo autocuración porque en la infancia más que enfermedad lo que hay es dolor.

Separación conyugal hostil.

Realmente son tres conceptos, tres realidades, tres experiencias, impactantes: la separación, la conyugalidad y la hostilidad. No por este orden, porque no podemos separarnos si antes no estamos unidos, y nadie se une en base a la hostilidad –en principio, luego veremos que las cosas no son tan sencillas–, sino por amor, al menos en este siglo XXI y en nuestras sociedades occidentales.

Si antes de separarnos hemos de estar juntos, empecemos pues por la conyugalidad. ¿Sabén cuál es la principal causa de divorcio? ¡El matrimonio! Déjenme comentar ni que sea de pasada la curiosa etimología de la palabra “cónyuge”, que proviene del latín “coniux”: el que lleva el mismo yugo. Esta etimología es de cuando el matrimonio era más una obligación que una elección. En general, la gente se casa por elección, y los que optan por el rito católico se comprometen ni más ni menos “hasta que la muerte les separe”. Hasta que la muerte nos separe, sólo de decirlo dan escalofríos, porque entonces ya no es uno el que decide, sino la muerte.

Y ya que estamos con los ritos católicos, Carmine Saccu, querido director de la Scuola Romana de Terapia Familiar y genial terapeuta, nos recuerda en sus seminarios que San Pedro envía a las parejas una crisis cada 7 años, ¿y para qué la crisis? Como dice nuestra supervisora, para que se hagan la siguiente pregunta: ¿estamos casados por elección o por obligación?

Y si vamos a la etimología de la palabra “matrimonio”, una de sus acepciones vendría a significar “cuidado de la madre”, en tanto se consideraba que la madre era la que contribuía más a la formación y crianza de los hijos. Es decir, que en cierta manera el matrimonio sugiere que la madre es la principal responsable de la educación sentimental de los hijos. Esto es muy complejo, porque si el padre acepta una posición emocionalmente periférica ésa va a ser su responsabilidad.

Déjenme incidir al respecto en una observación estadísticamente comprobada y que si ustedes quieren también pueden confirmar, o quizás desconfirmar por aquello de las excepciones que confirman la regla: normalmente si el primogénito es un hijo varón va a estar muy apegado a la madre; mientras que la primera hija va a estar muy apegada al padre.

Quizás por eso la famosa “parejita” era tan deseada, porque proveía a la familia de un delicado equilibrio de fuerzas. ¿Qué aprende un hijo, un niño, muy apegado a la madre, sobre la relación con las mujeres? ¿y qué aprende una hija, una niña, muy apegada al padre sobre la relación con los hombres?

¿Qué aprenden ese niño y esa niña sobre la relación entre hombres y mujeres, sobre la relación entre esposos y esposas, entre padres y madres, entre padres e hijos, entre padres e hijas, entre madres e hijos, entre madres e hijas? ¿Qué aprenden en su familia de origen, quizás muy tempranamente, entre los 0 y los 6 años, que van a llevar a sus parejas adultas, a su matrimonio, a su familia, quizás recreando, dramatizando su experiencia, volviendo a resurgir la misma historia, con los mismos personajes, pero con nuevos actores de una nueva compañía?

Queremos decir que las historias inconclusas, las heridas abiertas, reaparecen una y otra vez a lo largo de nuestra historia hasta que consiguen cerrarse, cicatrizarse. Y a veces estas historias inconclusas viajan a través de las generaciones, porque es bien sabido que las historias que se olvidan tienen más posibilidades de volver a repetirse. Por eso estamos a favor de la recuperación de la memoria histórica familiar.

Es decir, antes de una separación lo que existe es una historia de amor. ¿Cómo es el proceso de encuentro entre dos personas, de donde va a surgir una pareja? Fíjense lo maravilloso de la comunicación analógica, que nos permite reconocer a aquella persona que nos va a permitir dramatizar nuestra historia, ¡y entonces surge el enamoramiento!

Es un proceso recíproco, recursivo, percibimos las señales en el otro o la otra que nos informan de si su historia es la adecuada para que encaje con la mía y ambos podamos recrear nuestras historias inconclusas y quizás podamos herirnos convenientemente, a conciencia. Es entonces cuando aparece el mecanismo del autoengaño, que nos ayuda a creer, erróneamente, que por fin ya sabemos el origen y la causa de nuestro sufrimiento y de nuestro malestar: ¡es el otro!, ¡es la otra!, ¡el culpable es el otro! ¡el culpable es la otra! ¡Es el otro el que tiene que cambiar y quien necesita un terapeuta! Se han preguntado alguna vez: ¿qué hago yo para que el otro haga lo que hace?

Nuestra supervisora nos recuerda a menudo que las parejas no causan las heridas profundas que tanto nos escuecen, sino que la herida ya estaba allí, en nuestra historia infantil, y que la pareja lo que hace es poner el dedo en una llaga todavía abierta, aunque muchas veces invisible. Tan invisible que creemos que es la pareja la que causa la herida, ¡craso error! Y si la pareja no causa la herida, tampoco la puede curar, no porque no quiera, es que no puede, puesto que no fue ella quien la causó... A Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

Llegados a este punto acude en nuestra ayuda Bowen y su teoría de los vasos comunicantes: en una pareja, el nivel de diferenciación de cada uno con respecto a su familia de origen es idéntico o muy similar. Si uno está implicado emocionalmente en la familia de origen un 80 por ciento, pongamos por caso, sólo le queda un 20 por ciento para implicarse en la pareja; y el otro miembro de la pareja está en la misma situación de implicación y de porcentaje; por eso la pareja se puede mantener, porque uno obtiene lo que invierte. En caso contrario, si uno de los miembros de la pareja por ejemplo invierte un 50 por ciento de emoción en la relación y sólo obtiene de la otra parte un 20 por ciento, esa pareja posiblemente no tenga mucho futuro, porque el nivel de diferenciación de uno no es equivalente al nivel de diferenciación del otro.

Puede ocurrir que uno de los miembros de la pareja inicie un proceso de diferenciación que podría ser desencadenado por cualquier experiencia vital que remueva y sacuda lo emocional (muertes, enfermedades, bodas, nacimientos, procesos terapéuticos, procesos de formación...) y en cambio el otro miembro siga estancado en su proceso de diferenciación. La crisis está servida. Si no hay diálogo en la crisis, la hostilidad aparecerá inevitablemente.

A partir de la teoría de los vasos comunicantes de Bowen, cada uno de vosotros puede reflexionar sobre su nivel de implicación con su familia de origen...sé que planteo una cosa difícil, tómenselo con calma, con buenos alimentos y mucho sentido del humor.

Y siguiendo con los procesos de construcción y desarrollo de una pareja, ¿no se han preguntado nunca -y de nuevo tomo prestada la pregunta del acervo de nuestra supervisora-, por qué aquello que más nos enamora de la otra persona se acaba convirtiendo, con el tiempo y la convivencia, en aquello que más nos molesta? ¿Qué tiene que ver con nosotros aquello que tanto nos atrae de la otra persona? Y que luego tanto odiamos, en un proceso recíproco, hasta el punto de que quizás la convivencia se vuelva hostil, tan hostil que el amor finalmente se va, la relación se rompe y la separación es, efectivamente, hostil.

Tan hostil que puede llevar a una guerra cruenta, interminable y fratricida como una guerra civil, en la que no hay ganadores y perdedores porque todos acaban perdiendo. Cuando la pareja que se separa no tiene hijos todo es más sencillo. Cuando hay hijos, todo se vuelve más complejo y también más complicado, más doloroso, porque lo habitual es que los hijos sean utilizados en la guerra. Sobre esto volveremos más adelante.

Antes me gustaría preguntarme: ¿Cuándo se inicia la hostilidad en la historia de esa pareja? Los que estáis en pareja, quizás podríais hacer esta reflexión: ¿cuándo empieza la hostilidad? ¿Cuándo el uno y la otra, la otra y el uno, o ambos unos o ambas otras, puesto que estas reflexiones son válidas para cualquier tipo de familia, empiezan a crear esta experiencia de hostilidad? ¿Qué hace el uno y qué el otro para que surja esta realidad hostil?

Cuando yo me hago estas preguntas, mi reflexión me lleva a los celos. ¿Hay alguien que no sea celoso? Los celos: el fantasma de que siempre van a querer a otro más que a ti, que otro podrá satisfacer todas sus necesidades antes que tú, que si dejas tu lugar quizás cuando vuelvas otro lo habrá ocupado....

Los celos conectan con una historia primigenia sobre el amor, donde nos sentimos heridos hasta creer que moriríamos, porque nuestra madre –en el caso de los niños- no nos dio todo aquello que nos había prometido, o al menos esa era la fantasía del niño. Luego resultó que nuestra madre ya estaba casada con otro, ¡y que ese otro era nuestro padre! Una reflexión para los hombres: ¿no habíais querido casaros alguna vez con vuestra mamá? Y otra para las mujeres: ¿no fantaseasteis alguna vez con casaros con vuestro papá?

En este sentido, la responsabilidad de los padres es grande en cuanto a qué se deposita –expectativas, emociones, fantasías- en el hijo o en la hija. ¿Vuelca una madre toda su decepción y su sentimiento de fracaso con respecto al matrimonio en el hijo, sobre-implicándose con él? ¿Cómo puede un hijo sobrellevar semejante peso?

Aunque el hijo se puede sentir un privilegiado por haber sido el elegido de la madre incluso por delante del otro hombre de la casa, su papá, en realidad va a entrar en una confusión sobre cuál es su lugar en el mundo, y ese hijo va a tener dificultades en su proceso de diferenciación y de crecimiento. Tiene muchas posibilidades de ser un niño sintomático, un paciente identificado, y por lo tanto de recibir algún tipo de diagnóstico que oculte el proceso relacional: la madre, el hijo y el padre. La tríada. El mismo proceso es válido en el caso de la hija, con respecto al papá.

Fijaros que un hijo sobre-implicado con su mamá tenderá a ser un hijo posesivo, celoso, controlador, que quizás acabe pensando que las mujeres le deben lealtad absoluta e incondicionalidad a destajo. ¿No ése un pensamiento machista?

Pero lo paradójico es que ese tipo de pensamiento surge de una experiencia y de un aprendizaje en el que participa también la mamá, junto al papá. Todos sabemos y están a la orden del día que hay hostilidades que acaban de la peor manera posible: el asesinato. Decía el escritor Gómez de la Serna que los que primero matan y luego se suicidan deberían hacerlo al revés. Y eso lo decía en los años 30 del siglo pasado, o sea que el fenómeno no es de ahora.

Generalmente son los hombres los que matan mujeres. De ahí surge todo el discurso sobre la violencia de género. Pero, ¿el problema es el género? ¿o el problema es la relación entre los géneros?

Hombres que agreden mujeres, mujeres que agreden hombres, desde luego con armas comunicacionales mucho más sutiles que la agresión física, padres que agreden hijos, hijos que agreden padres, hermanos cainitas, maltrato a la tercera edad... ya ni a los abuelos se respeta.

Es decir, que estamos creando una sociedad donde la falta de respeto y su expresión máxima, la agresión, está siendo aprendida por nuestros niños porque ése el tipo de convivencia que les estamos proponiendo.

Dice el querido profesor Humberto Maturana que “se nace en la confianza, se nace amoroso. Y se conserva el vivir en el amar y en la confianza sólo si se crece con adultos amorosos en el fluir del amar. Así, el maltrato es una traición al amar, es una traición a la confianza primaria del vivir humano”.

“Si el maltrato es el vivir cotidiano de un niño, como adulto no se le puede exigir que cambie sus esquemas psíquicos, a no ser que se le exija amando. La violencia es una traición al amar, es una traición a la confianza primaria del vivir humano”.

Sigo citando a Maturana y a Ximena Dávila, su colaboradora, “el maltrato y la violencia no sólo niegan el amar y la confianza, sino que enseñan, cultivan y conservan el vivir en el maltrato y la violencia”. Por eso los niños no son nuestro futuro, sino que nosotros somos el futuro de nuestros niños.

Las consecuencias sobre los niños de la separación conyugal hostil

Sabéis de sobra cuáles pueden ser las consecuencias de una separación conyugal hostil.

Una pareja con hijos que se separa, como padres no se podrán separar nunca. Si la separación es hostil, y es fácil que así sea, esa hostilidad sin duda alcanzará a los hijos, sobre todo si son utilizados por los padres en el campo de batalla. Cuando un hijo se convierte en arma arrojadiza el hijo va a empezar a quejarse. ¿Cómo? A través de síntomas.

El primer axioma de la teoría de la comunicación dice que toda conducta es comunicación. El síntoma es una conducta, luego el síntoma es comunicación. ¿Qué nos está diciendo ese niño, esa niña, con esa conducta sintomática? ¿Está protestando? ¿Se está quejando? ¿Nos está diciendo que está harto de la tensión y de la hostilidad que nada tiene que ver con él, pero en la que se le inmiscuye sin misericordia? ¿Sabemos leer esos síntomas como protesta, como queja? ¿O los convertimos en manifestaciones de una patología individual, sin ver el contexto hostil en el que vive el niño?

Viva el niño con quien viva, tanto si vive con el padre o -como es habitual- si vive con la madre, los padres siguen habitando en su corazón, y si se le exige -de forma más o menos clara- que elimine a uno de ellos, que renuncie a uno de ellos, le estamos pidiendo una locura, un sinsentido, y así no es de extrañar que haga conductas aparentemente locas, aparentemente absurdas como son las conductas sintomáticas.

Desde nuestro punto de vista sistémico-relacional, no son conductas absurdas, no son la manifestación de una locura o de un trastorno de personalidad intrínseco al niño o la niña, son expresiones de un dolor, de una queja, de una impotencia o de una desesperación. Si no podemos ver ese sentido comunicacional del síntoma, que es ver el dolor que hay tras él, es probable que encerremos al niño en un diagnóstico que pierde de vista el proceso, la relación, el juego en el que está inserto ese niño o esa niña.

Las guerras familiares son un juego mortal, y es algo más que una metáfora. Me gustaría recordar una de las premisas que plantea otro de los grandes pioneros de la terapia familiar, Salvador Minuchin: todos los hijos con problemas tienen padres con problemas, pero no todos los padres con problemas tiene hijos con problemas. Seguramente sea una terrible simplificación, pero valga como ampliación de nuestra manera de ver a un niño sintomático.

Y no se trata de culpabilizar a los padres, sino de comprender el juego familiar y pedirles que asuman su responsabilidad como padres en el diálogo, único camino que nosotros conocemos para salir del juego de la mutua agresión a través de los hijos. No conocemos otro camino más que el diálogo, ¿cómo se aprende? ¿dónde se enseña? ¿qué entiende cada uno de vosotros por diálogo?

Decíamos que el juego familiar que se organiza en torno a una separación conyugal hostil puede ser mortal. Mortal porque puede engendrar enfermedades, que según Maturana son interrupciones en el amor. Y ante la ruptura del amor la única medicina es el amor. Claro que a una pareja que se separa no les vamos a pedir que recuperen el amor -eso ya se verá-, pero sí que recuperen un espacio de diálogo como padres, es decir, un espacio de respeto para hablar de los hijos.

Y si ellos no lo encuentran pueden pedir la colaboración de un terapeuta o de un mediador, pues hay una gran diferencia entre llegar a los Juzgados desde un diálogo o llegar a los Juzgados con pinturas de guerra.

Insistimos en la responsabilidad de los padres para generar un espacio de respeto en la relación de cada uno de ellos con los hijos. De la misma manera que cuando dos personas forman una pareja en realidad se unen dos familias, cuando una pareja se separa y entra en guerra en realidad entran en guerra dos familias.

Tambores, pinturas y bailes de guerra, cada familia con su estilo, unas acusarán a la otra de maltrato, abuso o negligencia, la otra contraatacará con más de lo mismo, unas desacalificarán al padre de diferentes maneras todas muy sutiles, las otras contraatacarán con la mismas armas contra la madre, lo cual desencadenará un nuevo contraataque que desencadenará una respuesta, y así hasta el infinito, conservándose la guerra a través del tiempo, de las generaciones y de las relaciones.

Los padres comieron frutos amargos y los hijos tienen dentera. Los hijos heredarán de los padres la hostilidad como antes se heredaban tierras, y los hermanos dejarán de hablarse porque pertenecen a bandos distintos enemistados entre sí, exigidos en lealtad de por vida so pena de ser acusados de alta traición, que se paga a un altísimo precio. La venganza puede ser terrible, además de ser un plato que se sirve frío.

Y si los hermanos dejan de hablarse sus hijos probablemente hereden la hostilidad, y así no sólo se perderán los unos a los otros como hermanos, sino que sobrinos perderán tíos, tíos a sobrinos, los primos se perderán entre sí. Antes claro, hijos habrán perdido padres y madres, abuelos y abuelas, llevando a la familia a una fragmentación muy difícil de rectificar. La guerra es la guerra y todo está permitido en tiempos de guerra. La guerra es la guerra, más madera, decía Groucho Marx. Sí, toquemos madera para no vernos nosotros mismos inmersos en una guerra civil familiar.

Porque luego nadie se hace responsable de las consecuencias sobre el proceso de crecimiento de un niño, o se utilizan esas dificultades como parte del proceso de acusaciones y descalificaciones recíprocas. ¿Qué puede aprender un niño en ese contexto de agresiones mutuas? ¿Qué pasará cuando ese niño o esa niña crezcan, se hagan hombres y mujeres, formen parejas, sean padres, formen una familia, entren en conflicto, aparezcan las tensiones...? ¿Cómo las resolverán? ¿Qué han aprendido sobre las tensiones, los desacuerdos, el diálogo...? ¿No es la imposibilidad de hablar lo que engendra la agresión?

¿Cuál es vuestra experiencia en el trabajo con parejas? ¿Conocéis a Tiresias? Nuestra supervisora lo propuso como patrón de los terapeutas de pareja. Os explicaré por qué. Zeus y Hera eran una pareja divina que, a pesar de ser dos divinidades, también tenían problemas de pareja (lo digo para animarnos un poquito). Zeus, el conocido Dios griego, el amo del panteón, tenía al parecer grandes recursos amorosos e infinidad de aventuras amorosas con otras mujeres, todas ellas definidas como divinidades: bellas, hermosas, inteligentes... Pero, como en toda historia que se precie, siempre hay un lugar para la esposa legítima (que algunos mitos asocian a la hermana, pero esto sería tema de otra ponencia). En esta historia, el papel de esposa legítima le corresponde a Hera.

La historia de Hera y Zeus es apasionante, aparecen sentimientos de odio, venganzas, infidelidades, correrías amorosas generalmente adjudicadas a la vida disoluta de Zeus... Luego Hera culpaba de estas infidelidades a las amantes antes que al propio Zeus, como si Zeus hubiera sido una mera víctima de las otras mujeres. ¿Qué mensaje estaba dando la mujer, Hera, sobre la inteligencia del hombre, Zeus, cuando lo presentaba como una mera víctima de las artimañas de otras mujeres? Me gustaría que reflexionaran sobre esto...

El caso es que cierto día, tras una comida copiosa regada con buen vino, la diosa Hera discutía con su esposo Zeus sobre sexo. De la discusión apareció una diferencia de opinión sobre quién gozaba más intensamente de los placeres del amor, ¿el hombre o la mujer? Zeus afirmaba que eran las mujeres las que más gozaban, pero con diferencia; mientras que Hera opinaba, naturalmente, lo contrario, que la palma en el goce se la llevaban los hombres.

Con que evidentemente no se ponían de acuerdo, decidieron acudir y consultar a Tiresias, adivino universal con una historia particular: había sido hombre y mujer sucesivamente, así que tenía la experiencia de ambos sexos para poder comparar. Tiresias dio la razón a Zeus, afirmando que si los placeres del amor representaban 10 partes, al hombre le correspondía una; mientras que la mujer disfrutaba 9.

Hera, viéndose de esta manera desmentida, se enfadó con Tiresias, y decidió volverle ciego. Zeus, que no podía revertir el castigo de Hera, en compensación otorgó a Tiresias el don de la profecía y una larga vida. Fin de la historia. Moraleja: si una pareja de dioses os pide una consulta derivarlos a otro servicio.

Reflexiones finales

Permitidme ir acabando con un comentario acerca de la cibernética de segundo orden, que a pesar de lo rimbombante de su nombre nos afecta de una manera fundamental. Se trata de nosotros como observadores, ¿tenemos acceso a una realidad objetiva, una realidad independiente de nosotros, los observadores? Haced la prueba, poned a una familia ante un grupo de observadores y comprobad si todos ven la misma familia o cada uno ve a una familia diferente. ¿Cómo es posible que veamos tantas realidades diferentes si nos habían enseñado ya desde la cuna ("seamos realistas") que la realidad era una, única, indivisible, objetiva? Si todo nuestro trabajo consistía en acceder, descubrir, desvelar, esa realidad objetiva...

Ya la física cuántica planteó en el siglo pasado la influencia del observador sobre lo observado. Desde la cibernética, Humberto Maturana y su compañero de juegos epistemológicos Heinz von Foerster cuestionaron el mito de la Inmaculada Percepción, y planetaron y desarrollaron el paradigma de la segunda cibernética, que a diferencia de la primera invitaba a cuestionarse la realidad como algo externo o independiente del observador. "Todo lo dicho es dicho por un observador a otro observador o a uno mismo", tal fue el camino que invitaban a transitar Maturana y von Foerster.

Los poetas lo dijeron a su manera: “Si fuéramos objetos seríamos objetivos, pero al ser sujetos somos subjetivos”; “En este mundo traidor nada es verdad ni es mentira, todo es según del color del cristal con que se mira”, dijo Ramón de Campoamor ya en el siglo XIX. El color del cristal de nuestros ojos es especial, particular, personal e intransferible. Nuestros ojos son nuestra historia, nuestra experiencia, nuestro aprendizaje y formación. Nuestros ojos tienen una propiedad maravillosa, el lenguaje, que hace posible mirar hacia fuera y también hacia dentro. Es entonces cuando podemos ver las conexiones entre lo de fuera y lo de dentro, entre nuestros ojos, nuestro corazón y nuestra historia; y si nosotros podemos ver esas conexiones se abre la posibilidad, se crea el escenario, para que las familias con las que trabajamos también vean las suyas y quizás podamos encontrar conjuntamente caminos alternativos al laberinto de hostilidades en el que están atrapadas.

Despedida

Me siento agradecido de haber participado en esta Jornada y de haber aprendido junto a vosotros. Con que no hay dos sin tres, tal vez, ojalá, nos volvamos a encontrar.

Rafael Metlikovez